

EUQUERIO DE LYÓN
ALABANZA DEL DESIERTO*

INTRODUCCIÓN

Vida de Euquerio de Lyon¹

Nació en una familia de buena posición², tal vez cristiana, que le ofreció la posibilidad de hacer sólidos estudios y de realizar una carrera pública. Es probable que haya llegado incluso al rango de senador³. Se casó con una mujer llamada Gala, y de la unión nacieron sus hijos Salonio y Verano⁴.

La *conversatio* a la vida monástica la decidió Euquerio de común acuerdo con su esposa. Ambos renunciaron a sus bienes y ofrecieron sus hijos a los monjes del monasterio de San Honorato en la isla de Lérins. Este suceso puede colocarse “en el segundo decenio de la fundación” del cenobio, es decir entre los años 410/12-420. Hilario de Arlés⁵ y Paulino de Nola⁶ afirman que Euquerio se estableció⁷, junto con su esposa, en la isla de *Lero*, contigua a la de Lérins, después de haber estado un tiempo como cenobita en esta última.

Se ignora cuánto tiempo duró el retiro de Euquerio. Tuvo, según Juan Casiano⁸, el proyecto de viajar a Egipto, a fin de visitar los monasterios y tratar directamente con los monjes de aquellos parajes, pero no lo realizó.

Hacia el año 430/31(?) fue elegido para ocupar la sede de Lyon. Durante su servicio episcopal fomentó la vida monástica, favoreciendo la implantación de comunidades y difundiendo la literatura propia del monacato⁹. Se interesó sobre todo por la divulgación de las obras de Casiano, para lo cual Euquerio compuso un resumen (*epítome*) de ellas¹⁰.

En el año 441 participó del primer concilio de Orange. Su muerte se sitúa entre los años 449-450/55, bajo el reinado de Valentiniano y Marciano¹¹.

Obras de Euquerio de Lyon

Varios son los escritos que se le han atribuido a Euquerio. Los especialistas actualmente consideran auténticos los siguientes:

1) *De laude eremi* (*Alabanza del desierto*). Fue compuesto entre los años 426/28-429/30 en Lérins¹², y está dedicado a Hilario futuro obispo de Arlés. De esta obra poseemos tres ediciones: PL 50,701-712; K. Wotke: CSEL 31, Wien 1894, pp. 175-194; S. Pricoco, *Eucherii: De laude eremi*, Catania 1965, pp. 45-79 (Centro di Studi sull'antico cristianesimo). Nos detendremos más largamente en este escrito en el siguiente apartado de la introducción.

2) *De contemptu mundi et saecularis philosophiae* (*Sobre el desprecio del mundo y la filosofía*)

secular)¹³. Es una obra en forma de epístola, al igual que la anterior, dictada “mientras se acerca el año 1185 de la fundación de Roma” (=hacia el 430/32; PL 50,722A). En ella Euquerio exhorta a su pariente Valeriano, perteneciente a la nobleza¹⁴, para que abrace la vida cristiana y monástica. “Euquerio habla del carácter efímero y caduco de la sabiduría y de los bienes terrenos; el cristiano debe aspirar sólo a la gloria del cielo, que es su verdadero bien”¹⁵. Edición en PL 50,711-726.

3) *Formulae spiritalis (o spiritualis) intellegentiae (Fórmulas de interpretación espiritual)*. Se trata de una obra perteneciente al período episcopal de Euquerio, escrita entre los años 428-434(?); es de carácter exegético y está dedicada a su hijo Verano. Euquerio propone en ella una “*triplex scripturarum regula*”, es decir una interpretación de las Escrituras conforme a la división tripartita del hombre: cuerpo (significado literal), alma (significado tropológico o moral) y espíritu (significado anagógico o espiritual). “Sin embargo, el autor no aplica esta teoría a sus escritos y se limita a la exégesis literal y sobre todo a la alegórica”¹⁶. Ediciones: PL 50,727-772; K. Wotke: CSEL 31, pp. 1-62.

4) *Instructiones ad Salonium (Instrucciones a Salonio)*. Obra también de carácter exegético, compuesta durante su episcopado (en torno a los 428-434?) y dedicada a su hijo Salonio. Comprende dos libros escritos en forma de preguntas y respuestas. En el libro primero, Euquerio aborda diferentes textos difíciles de la Biblia, desde el *Génesis* hasta el *Apocalipsis*. Mientras que en el libro segundo explica ciertas palabras de comprensión dudosa o ardua, hebreas y griegas, tales como nombres, lugares, medidas¹⁷.

Ediciones: PL 50,773-822; K. Wotke: CSEL 31, pp. 63-161.

5) *Passio Acaunensium martyrum [S. Mauritii et sociorum eius] (Pasión de los mártires de Acauno [Acaunenses] [San Mauricio y sus compañeros])*. Esta obra pertenece al período episcopal de Euquerio. No todos los especialistas están concordes a la hora de atribuírsela al obispo de Lyon. La *Passio* relata un episodio sobre cuya historicidad muchos dudan: la muerte de 6600 soldados de la legión tebana, que se negaron a perseguir a sus hermanos en la fe, y por ello fueron condenados al martirio, por orden del emperador Maximiano, cerca de Acauno.

Ediciones: PL 50,827-832; K. Wotke: CSEL 31, pp. 163-172; B. Krusch: *Monumenta Germaniae historica*(=MGH), escritores merovingios, III, Hannover 1896, pp. 32-39; C. Curti, *La “Passio Acaunensium martyrum” di Eucherio di Lionne*, en *Convivium dominicum*, Catania 1959, pp. 297-327 (texto latino de B. Krusch con trad. italiana; incluye la epístola a Salvio).

6) *Epistula ad Salvium episcopum (Epístola al obispo Salvio)*. Esta carta acompaña a la *Passio* recién mencionada. La discusión sobre su autenticidad va, pues, íntimamente ligada a la de dicha obra. La epístola está dirigida al colega (*frater*) Salvio (*Salvius o Silvius*) de *Octodorum* (Martigny).

Ediciones: PL 50,827-828; K. Wotke: CSEL 31, p. 173; B. Krusch: MGH III, pp. 39-41¹⁸.

De laude eremi

Esta breve obra ha sido juzgada por S. Pricoco como “una exaltación en forma de carta de la vida ascética y del asceterio de Lérins; está dedicada a Hilario, el futuro obispo de Arlés, celebrado por haber vuelto a la isla después de haber seguido a Honorato a Arlés, llevado por su amor al yermo”¹⁹.

El estilo y el cuidado que se advierte ha puesto Euquerio en la ejecución de su obra revelan, por una parte, su sólida formación literaria y, por otra, su conocimiento de la Sagrada Escritura.

En efecto, el plan que sigue Euquerio en el *De laude eremi* revela su intención de hacer no una alabanza “profana” del desierto, sino teológica. Y para ello no vacila, -echando mano de los

recursos que le ofrecía su formación retórica, en presentar el lugar que ocupa el desierto en la historia de la salvación, desde Adán hasta Cristo y su Iglesia (los santos).

Euquerio comienza su escrito con un encomio de la persona de Hilario (aunque sin mencionar su nombre: párrafos 1 y 2). Pasa luego (en el párrafo 3) al tema que es el centro de su obra, reconociendo -como era de rigor- su ignorancia y arguyendo que escribe a petición de Hilario.

La alabanza propiamente dicha del eremo la prepara Euquerio hábilmente, siguiendo en su exposición un plan muy bien pensado:

a) **definición del desierto**: “templo sin límites de nuestro Dios” (segunda parte del párrafo 3);

b) **el desierto en la historia de la salvación** (párrafos 5-27): en esta sección el lugar central lo ocupa Moisés y su gesta²⁰;

c) **alabanza del desierto** (párrafos 28-41);

d) **encomio de Lérins** (párrafos 42-43): un ejemplo de desierto iluminado “por el retiro de los hombres piadosos”;

e) **conclusión o epílogo** (párrafo 44): se hace mención explícita de Hilario.

La traducción castellana que ahora presentamos fue realizada por el P. Pablo SAENZ, osb, a partir del texto latino crítico editado por Salvatore Pricoco²¹.

Los subtítulos, que se han colocado entre corchetes, le permitirán al lector seguir más fácilmente el plan de la obra.

Bibliografía consultada

COLOMBÁS, G. M.: *El monacato primitivo. I. Hombres, hechos, costumbres, instituciones*, Madrid, 1974, pp. 260-261 (BAC 351).

COLOMBÁS, G. M.: *La tradición benedictina. Ensayo histórico. I. Las raíces*, Zamora 1989, pp. 370-377 (Col. Espiritualidad monástica, fuentes y estudios, 20).

CRISTIANI, L.: art. *Eucher (saint)*, en *Dictionnaire de Spiritualité* 4 (Paris, 1961), cols. 1653-1660 (bibliografía).

CURTI, C.: art. *Salonio di Ginevra* en *Dizionario Patristico e di Antichità Cristiane*²² [=DPAC] 2 (Casale Monferrato, 1984), cols. 3070-3073.

DEKKERS, E. – GAAR, A.: *Clavis Patrum latinorum*, Steenbrugge, ²1961.

FREDE, H. J.: *Kirchenschriftsteller. Verzeichnis und Sigel*, Freiburg i. Br. 1981 (Vetus Latina. Die Reste der altlateinischen Bibel, I/I).

FREDE, H. J.: *Kirchenschriftsteller. Verzeichnis und Sigel. Aktualisierungsheft, 1988*, Freiburg i. Br. 1988 (Vetus Latina. Die Reste der altlateinischen Bibel, I/IB).

GOBRY, I.: *Les moines en Occident. II. De saint Martin à saint Benoît. L'enracinement*, Paris, 1985, pp. 257-260.

HAMMAN, A.: *Escritores de las Galias*, en A. Di Berardino (dir.), *Patrología. III. La edad de oro de la literatura patristica latina*, Madrid, 1981, pp. 605-609 (BAC 422) [bibliografía].

MOINE (UN) DE LERINS: *L'île et l'abbaye de Lérins. Récits et description*, N.-D. de Lérins,

1895.

PRICOCO, S.: *L'isola dei santi. Il cenobio de Lerino e le origini del monachesimo gallico*, Roma, 1978 (bibliografía).

PRICOCO, S.: art. *Euquerio di Lione*, en DPAC 1, 1983, cols. 1270-1272 (bibliografía).

SAXER, V.: art. *Verano di Vence*, en DPAC 2, 1984, cols. 3358-3359.

SIMONETTI, M.: *La produzione letteraria fra romani e barbari (sec. V-VIII)*, Roma, 1986, pp. 106-107 (Istituto Patristico Augustinianum. Sussidi patristici, 3).

Notas

* Introducción y notas: Enrique Contreras, osb. Traducción: Pablo Saenz, osb.

¹ Para los estudios que he utilizado, me permito remitir al lector a la última parte de la presente introducción, donde se indica la bibliografía consultada.

² Se ignora el lugar y la fecha de su nacimiento.

³ Cf. HILARIO DE ARLÉS (+ 449), *Sermo de vita Honorati* 22,2; ed. M. D. VALENTIN: SCh 235 (Paris 1977), pp. 130-133: "... hombre brillante (*splendidus*) a los ojos del mundo, (pero) más brillante (*splendidior*) en Cristo, su émulo (de Honorato) en virtud, el bienaventurado (*beatus*) Euquerio...". El *Sermo* se puede datar en torno al año 430.

⁴ Ambos fueron educados por el mismo Euquerio, por Honorato (?), Hilario, Vicente de Lérins y Salviano de Marsella. Los dos hermanos llegaron, con el correr del tiempo, al episcopado: Salonio fue obispo de la diócesis de Ginebra y Verano de la Vence. Murieron pasada ya la mitad del siglo V.

⁵ *Sermo de vita Honorati* 22,2; ed. cit., p. 132: "... en el momento en que (Euquerio) vivía en la isla más próxima a la suya (= de Honorato)...".

⁶ *Ep.* 51,2; PL 61,417. La redacción de la carta podría situarse después del 412 y antes del 428(?). Paulino murió en el año 431.

⁷ ¿Para vivir como ermitaño?

⁸ *Conlationes* 11, praefac.: "... Euquerio tiene el propósito, ya más ambicioso, de ir a verles con sus propios ojos y edificarse con sus virtudes. Con ánimo de penetrar hasta el fondo de Egipto, quiere dejar nuestra provincia. Es que le parece rígida, porque entorpece los ánimos bajo este cielo frío de las Galias. Por eso ansía volar, cual casta paloma, hacia esas tierras fecundas en virtudes y frutos sazonados, que el sol de justicia caldea de cerca... Por eso no he querido sustraerme a la tarea, temible por cierto, de escribir sobre un tema que entraña tan arduas dificultades. Me mueve a ello el deseo de que... (Euquerio) evite una navegación cuajada de peligros"; trad. de L. María y P. M. SANSEGUNDO en JUAN CASIANO, *Colaciones*, Madrid 1961, t. II, p. 12 (Nebfí, Clásicos de Espiritualidad, 20). Casiano murió hacia el 435, y las *Conlationes* las compuso entre los años 420-426.

⁹ Cf. *Vita Patrum Iurensium* 11 (*Vita Romani*); ed. de F. MARTINE: SCh 142 (Paris 1968), pp. 250-253 (sobre todo pp. 252-253, nota 1, donde el editor remite a la obra de F. PRINZ, *Frühes Mönchtum im Frankenreich. Kultur und Gesellschaft in Gallien den Rheinlanden und Bayern am Beispiel der monastischen Entwicklung (4. bis 8. Jahrh.)*, München-Wien 1965, p. 68. La *Vita Patrum Iurensium* puede colocarse en torno al año 520.

¹⁰ GENADIO DE MARSELLA (+495/505), *De viris illustribus* 64 (63): "... sancti Cassiani quaedam opuscula sermone angusto verbi revolvens tramite in uno coegit volumina aliqua quae tam ecclesiasticis quam monachiis studiis necessaria sunt"; ed. C. A. BERNOULLI, *Hieronymus und Gennadius, De viris illustribus*, Freiburg i. Br. 1895 (reimpr. Frankfurt 1968), p. 83 (Sammlung ausgewählter kirchen und dogmengeschichtlicher Quellenschriften. Elfte Heft). Genadio escribió esta obra hacia el 470.

¹¹ GENADIO, *De viris illustribus* 64 (63); ed. cit., p. 83: "Moritur Valente et Marciano principibus".

¹² "Su redacción, dice PRICOCO, debe colocarse entre la elección de Honorato como obispo (427/28) y la del mismo Hilario (429/30)" (DPAC 1, p. 812 [de la trad. castellana]).

¹³ También se la suele citar con el título siguiente: *Epistula paraenetica ad Valerianum cognatum de contemptu mundi et saecularis philosophiae*.

¹⁴ Tal vez, el futuro prefecto de las Galias mencionado por Sidonio Apolinar en su correspondencia (cf. *Ep.* 5,10).

¹⁵ A. HAMMAN, *Patrología III*, p. 607 (de la trad. castellana).

¹⁶ S. PRICOCO, citando a C. CURTI, en DPAC 1, p. 813 (de la versión castellana).

¹⁷ Los escritos exegéticos de Euquerio, a pesar de su escasa originalidad, fueron muy estimados en el medioevo latino, e incluso después. Erasmo, por ejemplo, apreciaba mucho la obra de Euquerio.

¹⁸ H. J. FREDE, *Kirchenschriftsteller. Verzeichnis und Sigel*, Freiburg i. Br. 1981, p. 309 (Vetus Latina. Die Reste der altlateinischen Bibel, I/1), coloca entre las obras auténticas de Euquerio tres epístolas, editadas por K. WOTKE: CSEL 31, pp. 195-199. Cf. E. DEKKERS - A. GAAR, *Clavis Patrum latinorum*, Steenbrugge ²1961, n° 496. Para más datos sobre los escritos de Euquerio, remitimos al lector a estos dos instrumentos de trabajo: FREDE, pp. 309-310; DEKKERS, ns. 488-498.

¹⁹ DPAC 1, p. 812 (trad. castellana).

²⁰ En el plan y desarrollo de esta sección me parece advertir un cierto paralelismo con el *Tratado de los misterios* de HILARIO DE POITIERS. Sería una cuestión a dilucidar oportunamente.

²¹ *EUCHERII: De laude eremi. Recensuit, apparatus critico et indicibus instruxit Salvator Pricoco*, Università di Catania, 1965 (Centro di Studi sull'antico cristianesimo).

²² De esta obra hay trad. castellana, Salamanca, 1991-1992, 2 vols.

Traducción

Euquerio de Lyon: *Alabanza del desierto*

[*Prólogo*]

1. Si hace un tiempo, tú te fuiste de tu casa y dejaste tus parientes¹, y con gran ánimo, ciertamente, te internaste en un lugar retirado, sobre el gran mar, ahora con mayor valor aún, te has ido al desierto.

Cuando primero te fuiste a vivir allí, fuiste acompañado de un guía, alguien que te precedía en tu camino, un maestro de la milicia celestial². Y aunque habías dejado a tus padres, seguías a un padre cuando a él lo seguías. Pero cuando te enteraste que aquél iba a ser elevado a la dignidad episcopal, tu amor por el desierto escondido te volvió a llamar. Y ahora, el ejemplo que das es más noble y más grande. Antes, cuando te fuiste de la soledad, podía parecer que buscabas también la compañía de tu hermano. Pero ahora, al irte al desierto, dejas incluso a tu hermano. ¡Y cómo lo apreciabas! ¡Cuánto amor le tenías! ¡Qué afecto tan particular te ligaba a él! A nadie hubieras podido amar más sino al desierto mismo. Y cuando, después de un maduro examen, lo preferiste a éste, decidiste, no amarlo menos a aquél, sino amar más a éste. Mostraste cuán grande era tu amor por la soledad ante el cual, aquel otro gran amor le cedía el puesto. Pero ¿qué es para ti el amor al desierto? ¿o cómo hay que llamarlo, sino amor a Dios? Lo que hiciste, entonces, fue guardar el orden de la caridad prescrito por la ley: primero amar a tu Dios, y luego al prójimo³.

2. Yo pienso que aquél, considerando tu provecho, no sólo no se opuso a tu viaje y a tu proyecto, sino que de un modo inusual entre personas tan unidas, quiso incluso que tú te alejaras. Él te quiere también mucho, y por amor hacia ti prefirió tu bien. Y aunque el amor que te profesa sea muy grande y profundo, su dignidad lo mueve a buscar tu provecho⁴.

[*El desierto*]

3. Tú diste todos tus bienes a los pobres de Cristo⁵, y te hiciste así rico en Él. Joven por los años, te mostraste anciano por las costumbres. Tienes una inteligencia clara y una palabra brillante. Pero lo que ante todo he admirado en ti, fue que desearas así la soledad. Por eso, tú, que me pides frecuentemente en tus muy largas y elocuentes cartas que te responda más extensamente, vas a tener que soportar un poco, sabio como eres, mi ignorancia⁶, mientras te expongo la multiplicada gracia que el Señor le concede a este querido desierto tuyo.

Yo llamaría al desierto templo sin límites de nuestro Dios. Podemos pensar que Aquel que vive en el silencio, halla su gozo en el secreto. Pues muchas veces se apareció allí a sus santos, y no despreció la compañía de los hombres en este lugar propicio.

En efecto, es en el desierto donde Moisés, con el rostro radiante ve a Dios⁷; en el desierto es donde Elías, temiendo su rostro, se vuelve para no ver a Dios⁸. Y aunque Dios esté en todas partes como en su propio dominio, sin que se exceptúe ningún lugar, se puede pensar, sin embargo, que está de un modo especial en lo oculto del cielo y del desierto.

4. Cuentan que, en cierta ocasión alguien preguntó a otro en qué lugar creía que estaba Dios, para acudir allí, sin vacilar, dónde Él estuviera. El otro, llevándolo hasta la soledad amplia y extensa del desierto, le mostró el retiro del vasto lugar solitario⁹ y le dijo: “Es aquí donde está Dios”. Y no lo dijo sin razón, pues uno fácilmente puede pensar que está, donde fácilmente se lo encuentra.

[Adán]

5. En el principio, cuando Dios creaba sabiamente las cosas, asignándole a cada una su propia finalidad¹⁰, quiso que esta parte de la tierra no fuera inútil y despreciable¹¹. Él creó todo no sólo mirando lo que valían las cosas en el momento presente, sino también previendo el futuro. Por eso, creo que preparó el desierto pensando en los santos que iban luego a vivir allí¹². Quiso que fuera rico en estos frutos, y en lugar de concederle una naturaleza más benigna lo hizo fecundo en santos. Hizo que fueran ubérrimos los confines del desierto cuando *regó los montes desde su morada* (Sal 103 [104],13) y los valles abundaron de copiosa mies¹³, supliendo la pobreza de esas regiones al dotar con moradores aquel sitio estéril.

6. Aquél que fuera el Señor del paraíso, viviendo en aquel lugar de delicias¹⁴, transgredió luego el precepto y no fue capaz de guardar la ley prescrita por Dios¹⁵. Cuanto más agradable era ese lugar de delicias, tanto más estaba inclinado a pecar. En consecuencia la muerte lo sometió bajo su ley, y aún más, extendió también hasta nosotros su aguijón¹⁶. Por eso, quien desee la vida¹⁷, viva en el desierto, porque el que vivió en las delicias sólo logró la muerte. Pero pasemos ya a otros ejemplos posteriores, escogidos siempre entre los que hemos recibido de Dios.

[Moisés]

7. Moisés, cuando conducía su rebaño por el desierto, vio desde lejos a Dios bajo la forma de fuego que ardía y que no consumía. Y no sólo lo vio, sino que también lo oyó hablar¹⁸. Fue entonces cuando el Señor le mandó quitarse el calzado, declarando de este modo que la tierra del desierto era santa¹⁹. *El lugar -dijo- donde estás, es santo* (Ex 3,5)²⁰. Manifestó así con claridad la dignidad de su nobleza oculta. Y si Dios confirmó la santidad del lugar con la santidad que le pidió a su testigo, me parece que también tácitamente afirma que el que se va al desierto debe desasirse de las viejas obligaciones y de los cuidados de la vida, para entrar libre de las anteriores ataduras, y no mancillar el lugar.

Es en el desierto donde Moisés es encargado de comunicar lo que Dios habla familiarmente con él. Escucha sus palabras y las transmite luego; se informa de lo que debe decir y de lo que debe hacerse, y a su vez lo enseña; habla con el Señor del cielo y se comunica familiarmente con Él²¹. Es allí donde empuña el bastón poderoso en obras prodigiosas²². Y el que entró en el desierto como un pastor de ovejas, es enviado desde el desierto como pastor de pueblos.

8. Además, el pueblo de Dios para liberarse y cortar con las obras terrenales ¿no se lanzó, acaso, por caminos frágiles y se internó en la soledad, para encontrarse en el desierto con Dios, que lo había liberado de la esclavitud²³? Se internaba en el desierto, en la extensa y terrible inmensidad, bajo la guía de Moisés²⁴. *¡Qué grande es la magnitud de tu bondad, Señor!* (Sal 30 [31],20). Moisés, al entrar en el desierto había visto a Dios, y vuelve ahora para verlo de nuevo²⁵. El mismo Señor conducía a su pueblo al desierto y le indicaba el camino. Guiaba a los caminantes mostrándoles una columna que brillaba como fuego, o que era blanca como una nube, según fuera de noche o de día²⁶. Les daba así a sus servidores una señal del cielo haciendo que la misma mole blanquecina refulgiera con destellos diferentes. Israel veía y seguía de lejos el resplandor brillante del fuego resplandeciente, y el Señor se anticipaba con su luz a mostrarles el camino a los que se internaban en lo profundo del desierto.

9. A este mismo pueblo que iba al desierto se le abrieron las barreras de un mar sin camino que se interponía en su ruta²⁷. Holló con sus pisadas el lecho de las aguas profundas, metiendo su ejército polvoriento en las rojas arenas²⁸, mientras contemplaba desde lo profundo del valle las aguas detenidas²⁹ como montes amenazadores. Así fue salvado de la gente, y atravesó las aguas³⁰.

10. La fuerza del poder de Dios no se limitó a este prodigio, sino que hizo que las aguas

volvieron luego a cubrir el camino que habían recorrido ellos, destruyendo así al enemigo, e interponiendo de nuevo el obstáculo del mar³¹. Abrió un camino por las aguas y lo cerró luego derramándolas³², para facilitar la marcha a los que pasaban y para impedirles el regreso³³.

11. Aquel pueblo recibió esta gracia cuando caminaba por la soledad. Muchos otros favores obtuvo, además de éste. Allí también el Señor sació su sed con un prodigio inesperado cuando hizo manar agua de la piedra que golpeó Moisés³⁴. Sacó de las rocas reacias arroyos que manaban de una fuente natural, e impuso, con oculto poder un inmediato cambio de comportamiento a las escondidas corrientes de agua. Y no sólo hizo brotar un río en el interior de rocas áridas, sino que también quitó la amargura de las aguas haciendo que se volvieran dulces³⁵. Allí las hizo brotar; aquí las endulzó. Y no mostró un mayor milagro al sacar agua de las rocas, que al sacar unas aguas de otras aguas. El pueblo se admiró del auxilio celestial al percibir su acción, tanto en estas aguas que ya existían, como en aquellas que no existían.

12. Allí también el pueblo recogió la comida, enviada del cielo, que blanqueaba en el suelo, cuando el Señor hizo caer pan de las nubes, como una lluvia seca. Cayó el *maná* en la tienda y en sus alrededores, como una nevada³⁶, y *el hombre comió pan de ángeles* (*Sal 77 [78],25*). Y porque *a cada día le basta su malicia* (*Mt 6,34*) les dio el alimento diariamente, juntamente con la prescripción de no pensar en el mañana³⁷. Y puesto que esta tierra no podía proporcionarles alimento a los que vivían entonces en el desierto, el cielo se los proporcionaba.

13. El hebreo, habitando en el desierto, recibió la ley y los decretos del cielo, cuando Dios permitió que se acercara para mostrarle los signos escritos en las tablas por el dedo divino³⁸. Salió del campamento en busca del Señor y se dirigió hacia la raíz del monte³⁹. Vio, ciertamente lleno de miedo, aquella cumbre del Sinaí, aterrorizado ante la alta majestad que la ocupaba⁴⁰. Miró de lejos, atónito, el monte que echaba humo y derramaba fuego⁴¹, que hasta ese momento se le había ocultado tras una nube espesísima. Entonces sintió miedo de los rayos que relampagueaban con fuego visible, y de los truenos que continuamente mezclaban su fragor con un resonante sonido de trompetas⁴². Así fue como los hijos de Israel, mientras habitaban en la soledad, pudieron ver el trono de Dios y oír su voz.

14. Esta nación pudo, en otro tiempo, tener tales experiencias. Fue agraciada milagrosamente, cuando vivía en el desierto, con un alimento inusual y con una bebida dada repentinamente. Sus vestidos tampoco sufrieron desgaste alguno⁴³, puesto que lo que los cubría permanecía inalterable. Lo que no les proporcionaba la naturaleza en aquellos lugares, la manifiesta magnificencia de Dios lo procuraba⁴⁴. Apenas uno de los santos alcanzó semejantes dones de la gracia celestial, aquél que dijo de este pueblo: *Con ninguna nación obró así* (*Sal 147,20*) el Señor. En realidad le dio dones especiales y le concedió lo inaudito, cuando alimentó al pueblo en el desierto con estos regalos divinos.

15. Estos hechos son para nosotros como una figura, y lo que se nos muestra en ellos está lleno de ocultos misterios⁴⁵. Todos los que fueron bautizados en Moisés, en la nube y en el mar, comieron del alimento espiritual⁴⁶. Pero aunque todo esto encierre la fe de las cosas futuras, no dejan por eso de ser hechos verdaderos. Y ciertamente, no es menor la alabanza que se debe al desierto porque las cosas que allí sucedieron deban ser referidas a misterios profundos. Nada le quita al don de la integridad del cuerpo y los vestidos el que este hecho signifique un aspecto de la vida futura. Incluso es gran gloria para el lugar, si el desierto puede procurarles a estos, lo que la felicidad del siglo bienaventurado les concede a aquellos.

16. ¿Y por qué fue que los hijos de Israel alcanzaron la tierra deseada, sino porque habitaron primero en el desierto⁴⁷? Para que el pueblo llegara a poseer luego la misma tierra que *mana leche y miel* (*Dt 6,3*)⁴⁸, primero tuvo que vivir en ésta, árida e inculta. Siempre todo camino que conduce a la patria verdadera, comienza con una estadía en el desierto. Habite en la tierra inhabitable⁴⁹ quien quiera *gozar de la dicha del Señor en el país de la vida* (*Sal 26 [27],13*)⁵⁰. Sea huésped de aquél

quien quiera ser ciudadano de éste⁵¹.

[*David*]

17. Por otra parte, recordemos que el mismo David sólo pudo escapar de las insidias del rey atormentado, cuando se internó en el desierto⁵². Viviendo en las arideces de Idumea, deseaba al Señor con todo su corazón. Tenía tanta sed del Señor en un desierto sin caminos y sin agua, que se presentó a Dios en el santuario, y ya santo, pudo ver su virtud juntamente con su gloria⁵³.

[*Elías*]

18. Elías, el mayor cultor de los lugares solitarios, detuvo las lluvias del cielo y liberó el fuego⁵⁴, recibió el alimento servido por un pájaro⁵⁵, revocó los derechos inmutables de la muerte⁵⁶, pasó el Jordán, al que dividió interrumpiendo su curso⁵⁷, y subió al cielo arrebatado por un carro de fuego⁵⁸.

[*Eliseo*]

19. ¿Y qué decir de Eliseo que lo sucedió en su modo de vivir y en su virtud? Preclaro por los milagros divinos que realizó, lo declaran insigne, hechos tales como la división del torrente⁵⁹, el hierro que sobrenada⁶⁰, el muerto que vuelve a la vida⁶¹, el incremento del aceite⁶². Dejando de lado otros prodigios, se comprueba finalmente que poseía la virtud del maestro duplicada, porque si aquél, durante su vida, resucitó un difunto, éste, aún después de su muerte, resucitó a un muerto⁶³.

[*La comunidad de los profetas*]

20. Los hijos de los profetas también dejaban la ciudad en busca de la región donde desemboca el Jordán por un doble cauce, y levantaban sus tiendas en lugares apartados, junto al remoto torrente⁶⁴. La santa milicia acampaba a las orillas del oculto río, esparcida en tiendas y viviendas apropiadas. La egregia prole guardaba el espíritu de sus padres.

[*Juan Bautista*]

21. Y aquél, de quien se dijo que no había surgido uno mayor de entre los nacidos de mujer⁶⁵ ¿no vivía acaso clamando en el desierto⁶⁶? En el desierto es donde bautiza⁶⁷, en el desierto predica la penitencia⁶⁸, en el desierto hace la primer mención del reino de los cielos⁶⁹. Él fue el primero que habló de esto a sus oyentes, en este lugar, donde alguien que andaba por las inmediaciones, muy pronto lo haría efectivo⁷⁰. No sin razón este rudo habitante del desierto sería como un ángel enviado delante del Señor, para abrir el camino del reino celestial⁷¹. Digno precursor y testigo de Cristo, oyó hablar al Padre desde el cielo, mientras bautizaba al Hijo y veía al Espíritu Santo que descendía⁷².

[*Jesucristo*]

22. La Escritura nos dice que nuestro mismo Señor y Salvador, en cuanto fue bautizado, fue conducido al desierto por el espíritu⁷³. ¿Quién es este espíritu? Sin duda, el Espíritu Santo. Y si es el Espíritu Santo el que lo lleva al desierto, es sin duda porque es aquél quien lo sugiere, quien calladamente lo inspira. De este modo el desierto, por inspiración del Espíritu Santo, se convierte en

una santa atracción. El Señor, que se baña en aquel río místico, considera que no debe hacer nada, antes de entrar en aquel lugar secreto. Y sin embargo era él quien entonces santificaba las aguas que luego iban siempre a santificar. No tenía que purificarse para limpiar al hombre del pecado, pues no tenía pecado, ni lo temía. Pero sin embargo, amaba ardientemente el desierto, porque quería ser en todo, ejemplo saludable, deseando, por nosotros, lo que no era digno de Él. Y si su amor por el desierto era agradable a Dios, aunque estaba exento de todo error ¿cuánto más le será necesario desearlo al hombre envuelto en errores?

23. Allí también, lejos de las turbas clamorosas, el secreto ministerio de la fuerza divina sirve al Señor. Cuando está en el desierto, como en el cielo, es servido por los ángeles que van a su encuentro⁷⁴. Allí fue también donde rechazó a aquel enemigo de tiempos antiguos, que pretendió tentarlo con las insidias de su conocida habilidad, pero el que había sometido al viejo Adán fue derrotado por el nuevo Adán. ¡Oh gran gloria del yermo! ¡El diablo, que había vencido en el paraíso fue vencido en el desierto!

24. Desierto era también aquel paraje donde nuestro Salvador alimentó, sació y hartó a cinco mil personas con sólo cinco panes y dos peces⁷⁵. Jesús siempre les da pan a los suyos en el desierto. En otro tiempo les había dado a los suyos el *maná* como prueba de la munificencia divina. Ahora, por un milagro semejante, hasta le devuelven lo que les sobraba, pues la comida que antes descendió sobre los que tenían hambre, ahora se multiplicó para los comensales. El banquete fue tanto más abundante que en las grandes comidas, cuanto más numerosos fueron los convidados⁷⁶. Los desiertos, digo, sólo los desiertos fueron los que motivaron estos milagros, pues ¿hubiera podido un lugar donde reinara la abundancia mostrar el poder de la virtud?

25. El Señor Jesús, en cierta ocasión se retiró a lo más alto de un monte, acompañado sólo de tres escogidos. Allí su rostro se encendió con una claridad insólita⁷⁷. Quien se mostraba abiertamente como un hombre, creyó que era en la soledad donde debía manifestar un indicio de su majestad. Allí fue donde dijo el mayor de los apóstoles: *Era bueno estarnos aquí (Mt 17,4)*, admirado de la inmensidad del milagro en lo apartado del desierto.

26. También está escrito que el Señor Jesús iba a lugares desiertos para orar⁷⁸. Aquel lugar debe llamarse entonces lugar de oración, pues Dios, su creador, mostró que era apto para orar a Dios. Nos enseñó que es allí donde la oración del que se humilla atraviesa más fácilmente las nubes, ayudada por el lugar, porque es ennoblecida por el secreto. Y Él mismo, al ir allí para orar, nos mostró dónde quiere que oremos.

[*Los santos*]

27. ¿Y para qué recordar ahora a Juan y a Macario⁷⁹, y a otros muchos, cuya vida en el desierto fue como una vida en el cielo⁸⁰? Estuvieron tan cerca del Señor cuanto le es lícito a un hombre acercarse a Dios. Se les concedió realizar obras divinas, en cuanto es posible que esto sea concedido a seres de carne. Mantuvieron fijo su espíritu en las cosas de arriba, atentos a los secretos celestiales, y mostraron la gracia que habían recibido, con revelaciones reservadas o con milagros clamorosos. Con la ayuda del secreto llegaron a un punto tal que, aunque su cuerpo estaba en la tierra, ya poseían el cielo con el espíritu.

[*Alabanza del desierto*]

28. A este lugar desierto llamaré, y no sin razón, sede de la fe, arca de la virtud, sagrario de la caridad, tesoro de la piedad, depósito de la justicia. Pues como en una casa las cosas muy preciosas se guardan en un lugar cerrado y alejado, así sucede con la grandeza aquella de los santos escondidos en el desierto. La naturaleza misma le puso sus defensas, estableciendo en la tierra como

un recinto cerrado, el desierto, para que no se pierda este tesoro por el desgaste de las relaciones humanas. Muy acertadamente el Señor del mundo no solamente creó este objeto, más precioso que las riquezas, en esta parte de la casa de este mundo, sino que, cuando corresponde, lo revela también desde allí.

29. La Divina Providencia tuvo en otro tiempo una solicitud grandísima por el desierto, y ahora también la tiene, ¡y no pequeña! Pues ahora, cuando los habitantes del desierto reciben alimento de Dios con una largueza inesperada ¿qué otra cosa se puede pensar sino que cae del cielo? También estos reciben de la munificencia celestial su maná, y el Señor no es menos generoso con ellos cuando, por la acción secreta de su brazo, les da el sustento en la soledad. Y cuando al cavar la roca las aguas manan obedientes al mandato divino, ¿qué otra cosa hacen sino brotar como lo hicieron cuando Moisés golpeó la roca con su vara⁸¹? Además, tampoco carecen de vestidos los que viven en la inmensidad del desierto, pues Dios los provee siempre gratuitamente⁸². El Señor alimentó en otro tiempo a los suyos en el desierto, y ahora los sigue alimentando. A aquellos, durante cuarenta años; a éstos, todos los años de su vida⁸³.

30. Con razón el santo varón, encendido con el fuego divino, se decide a abandonar el lugar donde vive, y elige este paraje como propia sede. Con razón lo antepone a sus relaciones, a sus hijos, a sus padres, y lo adquiere al precio de todos los suyos. Con razón es llamado patria temporal por los que abandonaron la patria de sus padres. De él no los va a alejar ni el miedo, ni el deseo, ni la alegría, ni la pena. Con razón vale tanto como todos los afectos.

31. ¿Quién podría enumerar todos los beneficios que reporta el desierto y los frutos de virtud de sus moradores? Están en el mundo, pero en cierto modo ya se han ido del mundo, pues como dice el Apóstol, *andan errando por despoblados, en montes y en cuevas, y en cavernas de la tierra* (Hb 11,38). No sin razón el Apóstol afirma que el mundo no es digno de aquellos que se han hecho ajenos al tumulto de la sociedad humana⁸⁴, y se mantienen alejados, quietos y en silencio, tan distantes de la voluntad de pecar como de su posibilidad.

32. Entre los antiguos, los varones preclaros de su siglo, cansados de los trabajos de sus ocupaciones, se refugiaban en la filosofía como en su propia casa. ¡Cuánto más hermosamente se entregan éstos a las ocupaciones de la sabiduría manifiesta, y se retiran a la libertad de la soledad y al secreto del desierto para vacar sólo a la filosofía y ejercitarse en los caminos del yermo como en sus gimnasios⁸⁵! Me pregunto dónde se guarda más celosamente la Pascua que en el recinto del desierto. ¡Pero con las virtudes y la frugalidad! Digo la frugalidad, porque es como el corazón del desierto. Efectivamente, Moisés ayunó durante cuarenta días seguidos en el desierto⁸⁶, y después de él lo hizo Elías⁸⁷. Ambos prolongaron el ayuno más allá de las fuerzas humanas. Más tarde, el Señor ayunó un tiempo semejante⁸⁸. Pero no leemos en ninguna parte que otros hayan hecho el mismo tiempo de ayuno, para suponer pensar que el Señor le haya concedido a alguien un vigor tal, aún en esos lugares.

33. ¿Dónde -me pregunto- se puede vacar mejor y ver qué dulce es el Señor? ¿Dónde se abre un camino más rápidamente a los que caminan hacia la perfección? ¿Dónde se abre un campo mayor a las virtudes? ¿Dónde se guarda más fácilmente el espíritu para poder reflexionar? ¿Dónde el corazón está más libre para tratar de adherirse a Dios que en aquellos lugares apartados, en los cuales no sólo es fácil hallar a Dios, sino también conservarlo⁸⁹?

34. Aunque en el desierto el suelo sea a menudo de un polvo fino, en ningún otro terreno los fundamentos de aquella casa evangélica se echan más firmemente. Si alguien quiere echar los cimientos sobre estas arenas, en modo alguno construye la casa sobre arena. En ningún otro lugar el edificio está fundado más firmemente sobre roca, y la solidez de su mole permanecerá estable y no será abatida cuando se desaten las tormentas, soplen los vientos y embistan los torrentes⁹⁰. Así construyen los moradores del desierto sus edificios, pero los construyen en su corazón. Son ellos quienes aspiran a las cosas más altas haciendo las más bajas, quienes persiguen lo excelso en lo

humilde, los que se olvidan de las cosas terrenas por la esperanza y el deseo de las celestiales, los que abandonan las riquezas y prefieren padecer necesidad, los que quieren sufrir penuria y desean ser ricos. Se esfuerzan día y noche en trabajos y vigilias para alcanzar el principio de aquella vida que no tiene fin. Es el desierto el que recibe en su seno maternal a aquellos santamente avaros de eternidad, pródigos de lo pasajero, despreocupados del presente y seguros del futuro, alcanzando así los siglos que no tienen fin⁹¹, ellos, para quienes las postrimerías de los siglos ya pasaron.

35. Las leyes que están escritas en el hombre interior⁹² irradian saludablemente, y los derechos del siglo eterno lo hacen más sutilmente. Allí las prescripciones humanas contra los crímenes y atrocidades no se oyen, ni aparecen los derechos de venganza por delitos gravísimos, ni el corazón purísimo se hace reo de una ley indigna. El mismo movimiento interior es contenido dentro de los límites de la justicia por el generoso esfuerzo del espíritu, el cual, siendo él mismo su propio juez, corrige, desde el comienzo, los más leves pensamientos. Entre los otros hombres, es malo el haber obrado mal, pero entre éstos, es malo el no haber obrado bien.

36. Pero ¿cómo podré elogiar dignamente la vida que se lleva en el interior del desierto? No puedo pasar aquí sin decir nada de la grandeza de la virtud de sus moradores, que, aunque escondida, es conocida por casi todos. Pues cuando se retiran a lugares remotos, pueden substraerse a la mirada, pero no pueden ocultar su mérito. Creo que cuanto más interior es su vida, en compensación tanto más se muestra exteriormente, para gloria de Dios, de modo que el habitante del desierto puede ocultarse al siglo, pero no puede ocultar su ejemplo. Es como una luz que brilla sobre todo el mundo, colocada sobre el candelabro del desierto. Desde allí difunde su brillante luminosidad por los oscuros meandros del mundo. Esta es la ciudad que no puede permanecer escondida, edificada sobre el monte del desierto, que, con su imagen, muestra a la tierra la Jerusalén celestial⁹³. Por eso, quien esté en tinieblas acérquese a esta luz; quien esté en peligro vaya a esta ciudad para estar seguro.

37. ¡Oh qué alegres son, para los que tienen sed de Dios, aquellas perdidas soledades en aquellos bosques! ¡Qué amenos son para los que buscan a Cristo esos lugares secretos, guardados por la naturaleza, que se extienden a lo largo y a lo ancho! Todo calla. Es entonces cuando el espíritu se siente feliz, movido por cierto estímulo del silencio hacia su Dios. Es entonces cuando es impulsado por inefables excesos. No hay ningún sonido que cause algún ruido, nada, si no es quizás el de la voz que habla con Dios. Pero cuando el sonido sucede al silencio de la secreta mansión, es aquel sonido más dulce al oído que la quietud, el santo murmullo de la modestísima conversación. Entonces los coros fervorosos ejecutan cosas maravillosas suavemente, cantando himnos. Y uno se eleva al cielo, no menos con las voces que con las oraciones.

38. Aúlla vanamente el lobo enemigo rondando el redil donde se guarecen las ovejas⁹⁴, pues el desierto es como una defensa de muros. Es una defensa contra los enemigos, y para que no vigilen en vano los que guardan la ciudad⁹⁵, Cristo es su protector y defensor. Así, el pueblo que Dios adoptó, aunque expuesto a los espacios del desierto, está cerrado para sus enemigos. El coro de los ángeles se hace presente a la belleza del desierto, recorriendo la escala de Jacob⁹⁶, e ilumina el desierto con una frecuente visita escondida. En aquel mediodía, el esposo reposa, y los habitantes del desierto, heridos por la caridad, lo contemplan diciendo: *Encontramos al Amado de nuestra alma. Lo hemos aprehendido y no lo soltaremos (Ct 3,4)*.

39. Este suelo del desierto no es infructuoso, ni estéril, como cree la gente; ni las rocas del desierto ardiente son infecundas. Él produce abundante semilla y el ciento por uno de los frutos, para el que lo cultiva. Allí las semillas que se siembran no caen fácilmente junto al camino, donde los pájaros las comen; ni fácilmente se pierden entre las piedras, donde la tierra no es profunda, y cuando sale el sol se secan; ni fácilmente caen entre espinas, donde las altas malezas las ahogan⁹⁷. Allí el cultivador cosecha con provecho una mies ubérrima, pues se da en estas rocas una cosecha tal que hasta los huesos reverdecen. Allí también se encuentra el *pan vivo que desciende del cielo*

(Jn 6,51). Y brotan de esas rocas, fuentes de agua viva⁹⁸ que no sólo abrevan el suelo, sino que pueden dar la salvación⁹⁹. Este es el lugar donde halla placer el hombre interior, este desierto inculto que es feliz y ameno, pues el mismo lugar que es desierto para el cuerpo, es paraíso para el alma.

40. Ningún terreno, por fértil que sea, se puede comparar con la tierra del desierto. ¿Existe acaso alguna tierra más rica en frutos? En ésta crece especialmente el trigo aquel que sacia a los hambrientos con su grosura¹⁰⁰. ¿Hay otra tierra que produzca viñedos más cargados de fruto? En ella especialmente se produce el vino aquel que *alegra el corazón del hombre* (Sal 103 [104],15). ¿Hay otra que tenga más ganado? En ella pacen con lozanía aquellas ovejas de las que se dice: “*Apacienta mis ovejas*” (Jn 21,7). ¿Hay otra más policromada con flores de primavera? En ella resplandece especialmente la verdadera *flor del campo y el lirio de los valles* (Ct 2,1). Finalmente, ¿hay alguna tan rica en metales preciosos, tan resplandeciente por su verdadero oro? En ella brilla con luces vibrantes el fulgor de distintas piedras. Así es esta tierra, superior a todas las tierras, excediéndolas a todas en todos los bienes.

41. Justamente tú, tierra venerable, te ofreciste a los santos que viven en ti, y a los que están lejos de ti, como un lugar habitable y deseable, porque eres fértil en todos los bienes de Aquél en quien todo se contiene. Tú reprochas al cultivador que cultiva su propia tierra y no la tuya, tú que eres estéril en vicios de los que te habitan, pero fecunda en sus virtudes. Quien busca la amistad de tus santos, halla a Dios. Quien te cultiva, encuentra en ti a Cristo. El que te habita, se alegra con el Señor que te habita, que es quien te posee, y al mismo tiempo tu divina posesión. Quien no rehuye tu habitación, se hace él mismo, templo de Dios¹⁰¹.

[El “desierto” de la isla de Lérins]

42. Por mi parte, yo reverencio todos los lugares desiertos que son iluminados por el retiro de los hombres piadosos, pero honro especialmente a mi Lérins, que recibe con piísimos brazos abiertos a los que llegan a ella de los naufragios del mundo proceloso, e introduce suavemente en su sombra a los que se abrasan en el siglo, para que recobren el espíritu, bajo aquella sombra interior del Señor. En ella fluye el agua, verdean las hierbas, resplandecen las flores que agradan a la vista y al olfato. Es un paraíso para los que la poseen, y así se ofrece a los que la poseerán. Tiene el honor de haber sido fundada por Honorato¹⁰² y de haber recibido de él doctrinas celestiales, mereciendo tener un padre como él, lleno de vigor apostólico y de rostro resplandeciente. Es digna de honor por haberlo recibido a él y por irradiar así su luz. Digna por sustentar monjes excelentes y por producir sacerdotes codiciados. Ahora tiene ella su sucesor, Máximo¹⁰³, preclaro por haber merecido ser llamado después de aquél. Ella tuvo entre sus habitantes a Lupo¹⁰⁴, cuyo nombre nos trae a la memoria la de aquel lobo de la tribu de Benjamín¹⁰⁵, y a su hermano Vicente¹⁰⁶, piedra preciosa notable por su esplendor interior. Ahora tiene al venerable Caprasio¹⁰⁷, semejante a los antiguos santos padres por su gravedad, y también tiene a aquellos santos ancianos egipcios que los padres trajeron a nuestras Galias, y que viven en celdas separadas¹⁰⁸.

43. ¡Qué agrupación y que conjunto de santos vive allí, oh buen Jesús! Allí ardían como suave unguento en preciosos vasos de alabastro, y el perfume de vida se respiraba por doquier. Ellos muestran el rostro del hombre interior en el porte exterior. Unidos por la caridad, abajados por la humildad, ternísimos por su piedad, firmísimos en la esperanza, modestos en sus modales, prontos a la obediencia, callados al encontrarse, serenos en su aspecto, muestran claramente al instante, en la misma contemplación, ser un ejército de paz. Nada ansían, nada desean, sino sólo a Aquel a quien, deseándolo lo ansían. Para alcanzar la vida santa, viven santamente, y ya al buscarla la han obtenido. ¿Quieren alejarse de los pecadores? Ya lo han hecho. ¿Quieren poseer una vida casta? Ya la poseen. ¿Desean tener todo el tiempo para alabar a Dios? Lo tienen. ¿Desean tener la alegría de vivir con los santos? Ya la tienen. ¿Quieren gozar a Cristo? En Espíritu ya lo gozan. ¿Quieren alcanzar la vida del desierto? Ya la alcanzaron con su corazón. Así, por gracia grandísima de Cristo,

muchas cosas que aspiran tener en el futuro, ya las tienen en el presente. Alcanzan ciertamente la realidad, mientras siguen lo que esperan. En el mismo trabajo ya tienen una no pequeña paga de su trabajo, porque ya casi está en la obra lo que será su merced.

[Epílogo]

44. Mi querido Hilario, tú has vuelto y has entrado en la compañía de éstos varones. Al hacerlo también le has dado mucho a ellos, que se alegran ahora de tu regreso con una exultación entusiasta. Te ruego que no te olvides, juntamente con ellos, de mis pecados. Con ellos, digo, con quienes no sé si tú les darás más alegría que la que tú recibirás. Tú, que desde ahora eres más auténticamente Israel, puesto que miras a Dios con el corazón ya libre de las tinieblas de Egipto, has pasado las aguas salvadoras, has sumergido al enemigo, y lo que antes era amargo, ahora lo experimentas dulce por el madero de la cruz. Ya sacas ahora las aguas de Cristo que brotan hasta la vida eterna¹⁰⁹, y alimentas al hombre interior con el pan de lo alto, y recibes la voz divina en el trueno¹¹⁰ del Evangelio. Tú que te ocultas con Israel en el desierto, entrarás con Jesús en la tierra prometida. Salud, en Cristo Señor nuestro.

Notas

¹ Cf. *Gn* 12,1; *Hch* 7,3.

² Cf. *Lc* 2,13. Este “maestro de la milicia celestial”, sin duda, es Honorato (cf. nota 106).

³ Cf. *Lv* 19,18; *Dt* 6,5; *Mt* 22,34 ss. y paralelos. “Para Euquerio el desierto es por sí mismo una garantía de santidad, porque goza del supremo privilegio del favor divino; buscar y amar el desierto equivale a buscar y amar a Dios” (S. PRICOCO, *L'isola...*, p. 137). Cf. § 4.

⁴ Alusión a la relación de amistad entre Honorato e Hilario.

⁵ Cf. *Pr* 11,24; *Mt* 19,16 ss. y paralelos. Probablemente haya aquí una referencia velada a la distribución de sus posesiones por parte de Hilario; cf. S. PRICOCO, *L'isola...*, p. 50, nota 91.

⁶ Cf. *Sal* 68 [69],6; *2 Co* 11,1.

⁷ Cf. *Ex* 3; 34,29; *2 Co* 3,7. 18.

⁸ Cf. *I R* 19,12-13. “Euquerio insiste en hacer de las visiones de lo divino y lo sagrado la prueba máxima del privilegio concedido al desierto, tierra de las teofanías del Antiguo y del Nuevo Testamento” (S. PRICOCO, *L'isola...*, p. 185, nota 213).

⁹ Cf. *Dt* 32,10.

¹⁰ Cf. *Si* 16,26.

¹¹ Cf. *Gn* 1,1 ss.

¹² “... Euquerio hace una rápida pero cuidadosa lectura tipológica de la Sagrada Escritura para mostrar que el desierto es lugar sagrado y destinado *ab aeterno* a los santos, y para concluir que el (desierto) anticipa en esta vida la recompensa celestial” (S. PRICOCO, *L'isola...*, p. 159).

¹³ Cf. *Sal* 64 [65],13-14.

¹⁴ Cf. *Gn* 2,8. 10. 15; 3,24.

¹⁵ Cf. *Gn* 2,16-17; 3,1 ss.

¹⁶ Cf. *1 Co* 15,55-56; *Rm* 7,13-25 (muerte y pecado); 6,14 (pecado y ley).

¹⁷ Cf. *Sal* 33 [34],13.

¹⁸ Cf. *Ex* 19,9.

¹⁹ Cf. *Ex* 3,1-5.

²⁰ Cf. *Hch* 7,33.

²¹ Cf. *Ex* 3--4.

²² Cf. *Ex* 3,2-5; 4,17.

²³ Cf. *Ex* 13,14.

²⁴ Cf. *Dt* 1,19; 8,15.

²⁵ Cf. *Ex* 13,20.

²⁶ Cf. *Ex* 13,21-22; *Dt* 1,33; *Ne* 9,19; *Sal* 77 [78],14.

²⁷ Cf. *Ex* 14,21-22; VIRGILIO, *Eneida* IX,128-132: "Este prodigio no es favorable a los troyanos; el mismo Júpiter les ha privado de su ordinario recurso; los rútilos ya no tendrán que combatir, ni quemar sus naves, pues, no pudiendo los troyanos huir por el mar, no les queda más que la tierra de la cual somos dueños nosotros" (trad. de M. QUEROL, *Publio Virgilio Marón: La Eneida*, Barcelona 1968, p. 194).

²⁸ Cf. VIRGILIO, *Eneida* IV,154-155: "... los ciervos atraviesan corriendo las despojadas llanuras, abandonan los montes, se agolpan formando un rebaño y huyen entre nubes de polvo" (trad. cit., p. 76).

²⁹ Cf. *Jos* 3,16.

³⁰ Cf. *Ex* 14,15 ss; PRUDENCIO (+ hacia el 405), *Cathemerinon* V,59-60.65: "Los hebreos, tostados por los soles de Pelusia, olvidados ya de su antigua esclavitud, fatigados, habían acampado, como huéspedes, en los rojos litorales del mar Purpúreo... Las aguas divididas, presentan un camino a los viajeros; el agua de los contornos se detiene en vasos (*liquoribus*) de cristal, mientras el pueblo de Dios pasa por el mar abierto"; trad. de I. RODRÍGUEZ, *Obras Completas de Aurelio Prudencio*, Madrid 1950, p. 65 (BAC 58).

³¹ Cf. PRUDENCIO, *Psychomachia*. 654-657: "... bramando el monte de agua desde los cimientos, se precipita y oprime en su vértigo hasta el abismo al ejército de los negros egipcios, dando ya nado libre a los peces y cubriendo rápidamente las desnudas arenas" (trad. cit., p. 343); *Cathemerinon*. V,85-88: "Tú, que prohíbes al mar, no marcado con caminos, el ir formando sus olas con rápidas corrientes, para que, bajo tu imperio, hubiera un paso seguro entre las olas inmóviles y al punto la ola voraz absorbiera a los impíos" (trad. cit., p. 67).

³² Cf. PRUDENCIO, *Cathemerinon* V,74-77: "Los ejércitos reales iban por el medio de las olas precipitados en veloz carrera; pero las aguas se juntan en una, volviendo a su estado natural con el confluir de las olas" (trad. cit., p. 67).

³³ Cf. *Ex* 14,26 ss; *Sal* 77 [78],53.

³⁴ Cf. *Ex* 17,3-7; *Nm* 20,11; *Ne* 9,15; *Sal* 77 [78],16-20; 104 [105],41; PRUDENCIO, *Cathemerinon* V,89-92: "... las áridas rocas del desierto revientan en numerosas corrientes y la piedra golpeada mana nuevos licores, que sacian la sed abrasadora de los pueblos bajo el cielo tórrido" (trad. cit., p. 67).

³⁵ Cf. *Ex* 15,23-25.

³⁶ Cf. *Ex* 16,11 ss; *Nm* 11,31; *Sal* 77 [78],24. 27-28; PRUDENCIO, *Cathemerinon* V,97-98: "Un manjar que cae como la nieve llena los campamentos, penetrando más denso que el granizo helado" (trad. cit., p. 67).

³⁷ Cf. *Ex* 16,4. 16. 19. 21.

³⁸ Cf. *Dt* 9,10.

³⁹ Cf. *Ex* 19,17; *Dt* 4,11.

⁴⁰ Cf. *Ex* 20,18; 2 *M* 2,8.

⁴¹ Cf. *Ex* 19,18; 20,18; *Dt* 4,11.

⁴² Cf. *Ex* 19,16.

⁴³ Cf. *Dt* 8,2-4; 29,5; *Ne* 9,21; *Hch* 13,18.

⁴⁴ Cf. *Sal* 106 [107],13. 19. 28.

⁴⁵ Cf. *I Co* 10,6.

⁴⁶ Cf. *1 Co* 10,2-4.

⁴⁷ Cf. *Sal* 105 [106],24; *Za* 7,14.

⁴⁸ Cf. *Dt* 26,9; 27,3; *Jos* 5,6.

⁴⁹ Cf. *Jr* 2,6.

⁵⁰ Cf. *Sal* 114 [116],9.

⁵¹ Cf. *Ef* 2,19.

⁵² Cf. *1 S* 23,14-15. 25.

⁵³ Cf. *Sal* 62 [63],1-3; *1 S* 22--24.

⁵⁴ Cf. *1 R* 17,1; 18,38; *Lc* 4,25.

⁵⁵ Cf. *1 R* 17,4-6.

⁵⁶ Cf. *1 R* 17,20-24.

⁵⁷ Cf. *2 R* 2,8.

⁵⁸ Cf. *2 R* 2,11.

⁵⁹ Cf. *2 R* 2,14.

⁶⁰ Cf. *2 R* 6,5-7.

⁶¹ Cf. *2 R* 4,32-37.

⁶² Cf. *2 R* 4,1-7.

⁶³ Cf. *2 R* 13,20-21; *Si* 48,13.

⁶⁴ Cf. *2 R* 4,1-4.

⁶⁵ Cf. *Mt* 11,11.

⁶⁶ Cf. *Mt* 3,1; *Is* 40,3.

⁶⁷ Cf. *Mt* 3,5-6.

⁶⁸ Cf. *Mc* 1,4.

⁶⁹ Cf. *Mt* 3,2.

⁷⁰ Cf. *Mt* 3,11-12.

⁷¹ Cf. *Mt* 11,10.

⁷² Cf. *Mt* 3,13-17; *Mc* 1,9-11.

⁷³ Cf. *Mt* 4,1.

⁷⁴ Cf. *Mt* 4,11.

⁷⁵ Cf. *Mt* 14,13 ss.

⁷⁶ Cf. *Mt* 14,20-21.

⁷⁷ Cf. *Mt* 17,1-2.

⁷⁸ Cf. *Lc* 5,16; 6,12. "Para Euquerio el desierto monástico es la sede específicamente destinada a la oración (*orationis locus*) y el episodio evangélico de Jesús que se retiró a orar en un lugar solitario constituye la solemne confirmación" (S. PRICOCO, *L'isola...*, p. 126).

⁷⁹ "Euquerio, sostiene S. PRICOCO, recuerda los grandes paradigmas bíblicos para confirmar la legitimidad de la vida en el desierto, no para lamentar los símbolos de una condición perdida e irrecuperable. No carece, pues, de significado que en un escritor tan atento a la cuestión de la «fundación» de la vida monástica, no se mencionen las figuras

canónicas de los grandes fundadores, como Antonio y Pacomio, y que los únicos ascetas recordados para representar al monacato de Oriente sean Macario (no sabemos si el Egipcio o el Alejandrino) y Juan Casiano, pertenecientes uno al pasado próximo de la historia monástica, y el otro a su presente”; *L’isola...*, p. 183; cf. p. 185, nota 212: “... Juan (probablemente) Casiano...”. Para el asunto de los dos Macarios, cf. G. BUNGE, *Evagre le Pontique et les deux Macaire*, en *Irenikon* 56 (1983), pp. 215-228 y 323-360; y la recensión del P. MARTÍN DE ELIZALDE en *Cuadernos Monásticos* 20, nº 73-74 (1985), pp. 407-410.

⁸⁰ Cf. *Flp* 3,20: “*Nosotros somos ciudadanos del cielo*”.

⁸¹ Cf. *Ex* 17,5-6.

⁸² Cf. *Dt* 8,4; 29,4-5; *Ne* 9,21.

⁸³ Cf. *Dt* 8,2-3; *Ne* 9,21; *Hch* 13,18.

⁸⁴ Cf. *Hb* 11,38a. S. PRICOCO apunta que los §§ 31-36, son un buen ejemplo de la utilización de vocablos e imágenes tales como: *relicta sede, genitalem deserentibus patriam, extra mundum recedunt*, y otros, para expresar la separación del “mundo” (*L’isola...*, pp. 136-137, nota 26).

⁸⁵ “Es en la libertad y en el secreto del desierto que, como antes en los gimnasios, (el auténtico filósofo) se dedica únicamente a la filosofía, a la verdadera y manifiesta sabiduría cristiana” (S. PRICOCO, *L’isola...*, p. 156; cf. la nota 115).

⁸⁶ Cf. *Ex* 24,18; 34,28; *Dt* 9,9.18.

⁸⁷ Cf. *I R* 19,8.

⁸⁸ Cf. *Mt* 4,2.

⁸⁹ El monje, según los autores lerinenses, “es un asceta que vive con profundidad la vocación a la soledad y a la renuncia, pero sin excesos ni ostentaciones; el ingreso en el desierto es (...) fundamentalmente un acto de liberación” (S. PRICOCO, *L’isola...*, p. 182; cf. nota 205).

⁹⁰ Cf. *Mt* 7,24 ss.

⁹¹ Cf. *I Co* 10,11.

⁹² Cf. *Rm* 7,22; *Ef* 3,16. Para Euquerio “son los carismas concedidos al lugar mismo del *secessus* lo que le asegura al monje la santidad... Él celebra en el desierto el refugio feliz, al que los hombres corren desde el siglo para practicar, sometidos sólo a los imperativos de la conciencia, las leyes eternas de Dios” (S. PRICOCO, *L’isola...*, p. 95).

⁹³ Cf. *Mt* 5,14-15; *Hb* 12,22.

⁹⁴ Cf. VIRGILIO, *Eneida* IX,59-64: “Cual lobo que en una noche borrascosa ronda en torno al aprisco y mientras los corderitos balan seguros bajo sus madres, él, fiero, acosado del hambre y sediento de sangre, aúlla de rabia y desesperación” (trad. cit., p. 192).

⁹⁵ Cf. *Sal* 126 [127],1.

⁹⁶ Cf. *Gn* 28,12.

⁹⁷ Cf. *Mt* 13,4-7.

⁹⁸ Cf. *Jn* 7,38.

⁹⁹ Cf. *Jn* 4,13-14.

¹⁰⁰ Cf. *Sal* 147,14.

¹⁰¹ Cf. *I Co* 3,16; *2 Co* 6,16.

¹⁰² HONORATO de Arlés, murió el 429/30. Fue el fundador (a comienzos del siglo V) del “asceterio” de Lérins, y más tarde, entre el 427-428 (o 429?), ocupó la sede episcopal de aquella ciudad.

¹⁰³ Sucesor de Honorato en el abadiato del cenobio de Lérins (en el 427/28), ocupó este cargo por siete años; hacia el 434 fue designado para el obispado de Riez. Se ignora la fecha de su muerte (probablemente después del 451).

¹⁰⁴ Al parecer este personaje habría nacido en Toul (*Civitas Leucorum*) en Bélgica I; luego se habría casado con la hermana de Hilario de Arlés (una tal Pimeniola). Al cabo de siete años de matrimonio renunció a su familia y vivió por un año (426) en la isla de Lérins. En el 427 se le designó para la sede de Troyes. Su muerte se coloca en el año 478.

¹⁰⁵ Cf. *Gn* 49,27.

¹⁰⁶ Seguramente se trata del célebre Vicente de Lérins, el autor -bajo el seudónimo de «El Peregrino»- del *Commonitorium*. Según Euquerio, era hermano de Lupo. Murió hacia el 450.

¹⁰⁷ “De él sabemos sólo que vivió santamente en la isla y que, aunque ya era anciano cuando acompañó a Honorato (en la fundación del cenobio de Lérins), todavía le sobrevivió por algunos años” (S. PRICOCO, *L'isola...*, p. 44; cf. nota 66: al parecer aún estaba con vida en el 434).

¹⁰⁸ “Euquerio atestigua que en Lérins existían habitaciones individuales. Su mención, aunque evasiva como de costumbre, con todo, permite creer que estas habitaciones de tipo anacorético -*divisae cellulae*- estaban reservadas solamente a una parte de los ascetas, es decir a los más ancianos, tenazmente ligados a las primitivas formas eremíticas, y que la isla no estaba organizada como una *laura* egipcia” (S. PRICOCO, *L'isola...*, pp. 116-117).

¹⁰⁹ Cf. *Jn* 4,14.

¹¹⁰ Cf. *Sal* 76 [77],19; 103 [104],7.